

gros de Lourdes divulgados por todo el mundo; más sorprendente que los que han empezado en Marpingen.

No hemos crédito, Señores, á nuestros propios ojos, que tal vez nos hacen ver lo que en realidad no hay; alucinados quizá, como se dice, por la fe del creyente y por la devoción y amor á María de Guadalupe; demos, sí, crédito al autor de la maravilla Americana, al Apéles mexicano, honra de la Patria, respetadísimo por los artistas propios y extraños: á Miguel Cabrera, que ha resuelto, que esa bendita pintura no es obra de la paleta humana, que está sobre todas las reglas del arte. Y así es temeridad opinar algo en contrario.

Sólo fijo mis miradas en un hecho visible, extraordinario, sobrenatural: la casi instantánea conversión del Anáhuac á la fe católica y la constante conservación de esa misma fe durante cuatro siglos. Milagro es la difusión del Cristianismo, su propagación y conservación, ha dicho el sabio autor del libro: «Demostración de la armonía entre la Religión católica y la ciencia.»

«La Religión cristiana, semejante á río caudaloso de majestuosidad, se extendió hasta los confines del mundo, venciendo todo linaje de dificultades: venció los obstáculos físicos de distancias inmensurables, de divisiones territoriales y escasez de vías de comunicaciones; venció los obstáculos morales de ideas y costumbres hondamente arraigadas; de instituciones basadas en estas ideas y costumbres; de rivalidades nacionales; de intereses de las religiones paganas; del orgullo, que no quiere rendir homenaje á un Dios Crucificado; de la sensualidad, que clama, imperiosa por los placeres mundanos; de la ambición, que aspira á tener bajo sus plantas á los pueblos y religiones. La aureola que circunda la frente de los sabios, los tesoros de los potentados de la tierra, la pujanza y gloria de una nación insigne por sus proezas militares, hubieran sido parte á vencer naturalmente estos obstáculos y propagar la nueva Religión. Pero nada de esto fué escogido para lograr este resultado; fuéronlo, unos cuantos hombres pobres.»

Y así en nuestra querida Patra, doce hijos de San Francisco de Asís y algunos más, tan pobres, que los indios al verlos declan con frecuencia: *motolinia*, convierten á la fe católica á toda la Nación mexicana y con tanta rapidez, que en quince años se habian convertido y bautizado más de nueve millones de indios; y sólo el apostólico varón Fr. Pedro de Gante, habia catequizado y bautizado más de un millón de indios, y habia destruido diez mil ídolos. ¿Cómo no reconocer, como lo reconoce el Pontífice Magno reinante, en la Aparición gloriosa de María Santísima de Guadalupe, el origen prodigioso de la fe en México? *In primis de fide catholica qua nihil quidem excellentius*. No hubo algún otro hecho sobrenatural á que pudiera atribuirse tan súbita mutación de todo México.

Y si no se apareció realmente la Virgen de Guadalupe; si no es cierto lo que con tanta sabiduría dijo Benedicto XIV: *Impossibile est rem illam non esse veram, in cuius veritatis attestationem fit miraculum*. (25) ¿Cómo, los efectos sobrenaturales de la conversión de México á la fe, y la conservación y propagación de esa misma fe, sin causa sobrenatural?

Señores: ¡Sea una fábula la Aparición de la Virgen de Guadalupe! ¡Perdona Virgen aparecida, que hablé así! Es más admirable la conversión rápida de México á la fe, sin el Prodigio guadalupano, que su conversión, habiéndose aparecido la Inmaculada Virgen.

Y así, por los Sumos Pontífices, Vicarios de nuestro Divino Salvador sobre la tierra, por los Obispos mexicanos, vigilantísimos custodios de la tradición guadalupana, por los milagros obrados por la invocación y á la presencia de esta Imagen, y principalmente, por el origen sobrenatural de la misma Imagen, y por la conversión rápida de los indios á la fe, propagación y conservación de la misma fe en México, se prueba la verdad de la Aparición de María Santísima de Guadalupe. ¡Ah! Si no hubiera aquí, aquí mismo, quien temeraria é infundadamente la negara, no me habría detenido, Señores, en demostrarla en este día, en que sólo debían salir de nuestros labios, cánticos de alabanza á nuestra excelsa Reina y amorosísima Madre, y habría dejado á los antiguadalupanos sepul-

25 De Beatiíf. et canoniz. libro 4.

tados en el más profundo olvido para su eterno baldón por su ingratitud.

Pero yo que es una verdad, y verdad consoladora, que nuestra Madre Soberana se apareció en estas sagradas rocas, ya podemos entonar, llenos de gratitud y de amor, el himno patriótico-guadalupano, que Dubois con sus inspiradas notas modulara la exclamación pontificia: *Non fecit taliter omni nationi*. Dubois, el cantor del paraíso, él que parece escribir sus celestes motivos, no con acentos humanos, sino con acordes divinos calentados con lágrimas de sus ojos y palpitanes con murmullos de oraciones. «Dubois, más sereno, más místico, más tranquilo que Gounod, el que, parece que ama con San Bernardo, suspira con Teresa de Jesús, cae en éxtasis con Margarita de Alacoque;» en el cántico á que me refiero, parece que los ángeles y las naciones todas al contemplar el portento del Tepeyacatl, entonan: *Non fecit taliter omni nationi*: parece que el cronista guadalupano, en éxtasis sublime, exclama con el Vidente de Patmos: *Signum magnum apparuit in coelo*, prodigio tan grande, que los dos insignes Doctores del siglo trece: el Angélico y el Seráfico, la inteligencia y el amor, la ciencia y la santidad sintetizadas en Tomás de Aquino y Buenaventura, extasiados le contemplan. *Ipsa est*, dice el Seráfico, *qua majorem Deum faceret non posset; majorem mundum facere posset Deus: majus coelum posset facere Deus, majorem matrem, quam matrem Dei, non posset facere Deus*: (26) Dios puede hacer un mundo más hermoso, un cielo más esplendente; una Madre más digna, más excelente, no. Y el Doctor Angélico, dice: *B. Virgo ex hoc quod est mater Dei habet quendam dignitatem infinitam ex bono infinito quod est Deus: et ex hac parte non potest fieri aliquid melius ea, sicut non potest aliquid melius esse Deo*. (27)

¡Oh! dignidad incomparable y sólo semejante á la infinita grandeza de Dios! *Mulier amicta sole*. Oíd, Señores, á San Bernardo, el cantor de las glorias de María: «María, más que ninguna pura creatura, ha penetrado en los abismos de la divina Sabiduría y está como sumergida en el pílagro infinito de la luz inaccesible; con el fuego divino son purificados los labios de los profetas: en este fuego se encienden los serafines: María no sólo toca este fuego, sino que está cubierta, rodeada por todas partes y encerrada en él.» (28) Miradla en su Imagen Aparecida de Guadalupe; rodeada de hermosos rayos y adornada de estrellas que simbolizan sus gracias y privilegios, á saber: «el resplandor con que Ella brilla en su generación, la salutación angélica, la venida del Espíritu Santo, la inenarrable Concepción del Hijo, la primera entre las vírgenes, fecunda sin corrupción, haber concebido sin concurso de varón, haber dado á luz sin dolor, la mansuedumbre del pudor, la devoción de la humildad, la magnanimidad de la fe, el martirio del corazón, y . . . (29) ¡Miradla! ¡miradla! Con todas estas refulgentes estrellas y con la luna bajo sus plantas, se apareció aquí, en este lugar sagrado. La luna significa la Iglesia, dice San Antonino: *In Jerusalem, potestas mea, hoc est, in Ecclesia; quoniam Ecclesia jure sub pedibus est Virginis, quia non tantum sub ejus patrocinio, verum etiam, sub ejus dominatione ac potestate*. (30)

¡Salve! ¡Emperatriz de la Iglesia mexicana! Las naciones todas del orbe, admiradas preguntan: ¿Quién es ésta que se adelanta, resplandeciente como el sol y hermosa como Jerusalén? Desplegando sus purísimos labios, habla María: «Soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Creador del cielo y de la tierra; Madre amorosa, especialmente de los mexicanos.» «Soy la Madre del más bello amor, de la ciencia, del temor y de la santa esperanza.» Según San Agustín, María es Madre del amor hermoso porque ama á Dios reverentemente: á su Hijo con dulzura; á sí misma, con sabiduría; al género humano, misericordiosamente; es Madre del amor hermoso, porque á los frios enciende; Madre del santo temor, porque á los demonios aterroriza y ahuyenta; Madre de la ciencia, porque á los extraviados dirige y Madre de la santa esperanza, porque benignamente recibe á los pecadores.

26 Spc. B. Virg. cap. 8.
27 I. Part. quest. XXV, a. 8.
28 Serm. Signum magnum.
29 Div. Bernard. in Apocalyp.
30 IV part. tit. V, cap. XX, par. 2 in Eccles.

XII

Predicado por el R. P. Fr. Rafael J. Mendez, el día 21 de Octubre.

Introbimus in tabernaculum eius; adorabimus in loco ibi steterunt pedes ejus. Entraremos en su Santuario; adoraremos en el mismo sitio donde puso sus pies. — Salmó CXXXI, v. 7.

El culto mariano es la nota poética en el credo armonioso de la religión de Jesucristo. Conjunto admirable de verdades naturales y dogmas revelados que hablan á la fría inteligencia: código sublime de preceptos morales que fijan el rumbo de la voluntad en la práctica del bien, el catolicismo, religión de amor, necesitaba templar la severa majestad de sus leyes y doctrinas con algún bello ideal que, hiriéndonos en las fibras del corazón y del sentimiento, nos mostrase, no ya posible, sino fácil y obvio el llegar al comercio íntimo con el soberano Hacedor que, al decir del Apóstol, *habita en luz inaccessible*. (1) Y como quiera que *son perfectas las obras divinas*, (2) interpuso Dios entre El y la humanidad, entre el cielo y la tierra una nueva creación, pero más bella, radiante y pura que aquella otra por la que, al poder de su palabra, brotó de la nada el universo, y se encendieron los soles, y se poblaron los mundos, y en los espacios infinitos y en la dilatada tierra hubo luz, vida y movimiento.

Adivinaréis, amados oyentes míos, el nombre de esa portentosa creación; pero en vano se esforzarían la más vigorosa inteligencia y la imaginación más rica en describirnos y pintarnos la grandeza, el poder, el esplendor y la hermosura que reconoció el Altísimo en la obra maestra de sus manos. Aquellos inspirados Videntes, que bebieron los raudales purísimos de su ciencia en las fuentes inagotables del Verbo, y que, poseídos del espíritu de Dios, revelaron al mundo los arcanos de la Divinidad, y en arranques de poesía inimitable cantaron sus bondades y misericordias siempre antiguas, no hallaron en el humano lenguaje palabras adecuadas para expresar la belleza soberana con que la Virgen de Judá se ofreciera á sus miradas proféticas: por eso la mostraron al mundo bajo el misterioso simbolismo á donde se dan cita el historiador, el filósofo, el orador, el artista, el poeta, cuantos, en una palabra, se proponen estudiar las grandezas de María é intentan rastrear los tesoros de esplendente gloria, los destellos de claridad, los encantos de amor con que desde la eternidad la atavió el Eterno. En las místicas alegorías de los Profetas la Virgen santa es la flor misteriosa que brota de la vara de Jessé, en la cual habia de hallar dulce reposo el Espíritu Santo; (3) es el lirio de los campos, que no pierde su frescura y rozagancia entre las espinas y asperezas de este mundo; (4) es la palma de Cades que, esbelta y deliciosa, se balancea en las alturas; (5) es el cinamomo de los bosques, que embalsama y aromatiza el ambiente, y con su benéfica sombra refrigerera el caldeado erial en que se abrasa y consume la humana vida; (6) es el delgado espiral de ligero humo, formado de escogida mirra y de todos los perfumes; (7) es el jardín ameno de los Cantares, cercado en derredor; (8) es la fuente sellada, cuyas aguas cristalinas no han tocado jamás los labios mortales de ninguna creatura; (9) es, en fin, la primogénita de Dios en la manifestación de su potencia creadora. (10) Escuchad: es la misma Virgen quien nos habla así por Salomón en sus Proverbios:

1 Psal. CXXXI, v. 7.
2 Deut. XXXIII, 4.
3 Isaiu. XL, 1, 2.
4 Cant. II, 2.
5 Ecl. XXIV, 18.
6 Ecl. XXIV, 29.
7 Cant. III, 6.
8 Cant. IV, 1.
9 Ibid.
10 Ecl. XXIV, 5.

He concluido, católicos mexicanos. ¿Cómo no saludar, en un día como éste de honor y de gloria, á María Santísima de Guadalupe con las elegantes frases del Crisóstomo? Salve ¡oh Madre! que sois el mismo cielo, gloria y sostén de nuestra Iglesia: *Ave, Mater, coelum, thronus, Ecclesia nostra decus, gloria et firmamentum*. ¿Te ofreceré, Soberana Reina, la imperial corona de oro con que la Iglesia de mi Patria y con autoridad pontificia va á adorar tu hermosísima Imagen, á nombre y por mandato del Pontífice León XII: *Suo nomine et jussu aureo diademate coronari*? ¿Te presentaré los innumerables santuarios, altares é imágenes de Guadalupe, que hay en toda esta Nación, que te pertenece de un modo singular, y que son tenidos en grande veneración porque son tuyos y entre esos templos te presentaré el que, allá en un rincón ignorado del mundo, te edificó por gracia y especial ayuda de Dios este tu indigno hijo? Entonces, junto con mi inolvidable parroquia, te dedicaré: que henchido de entusiasmo te dedicaba aquel templo; y con A. M. P. de nuevo te decia: Tú, á quien no hay una flor por olvidada... que á tus ojos de Madre, una mirada, en su pobre rincón, no te merezca. . . . En tu bondad y tu clemencia dame de tu amor una chispa que me inflame y un rayo de tu luz que me ilumine. ¿Te ofreceré místicas flores del alma y con ellas, las espinas del sufrimiento, y de aquel sufrimiento que tú bien sabes cuál es y que callo porque callar debo?

Pongo á tus plantas los corazones de mis compatriotas correligionarios; se formará tu excelso trono con estos corazones; las lágrimas de las exclaustradas vírgenes mexicanas, serán las perlas y piedras preciosas que adornen tu corona; las oraciones fervientes de mis compañeros sacerdotes serán tu vasallaje.

¡Soberana Reina de los cielos, amorosa Madre de los mexicanos! ya, pronto, muy pronto, se apagará la voz en mi garganta: ya mis ojos pronto dejarán de contemplar tu celestial y hermosísima Imagen. ¿Nos olvidaremos de tí? ¡Ah! Si nos olvidáremos de tí ¡oh María de Guadalupe, mística Jerusalén, Jerusalén hermosa: *formosa tanquam Jerusalem*! entregadas sean al olvido, secas queden nuestras manos diestras; si no nos acordáremos de tí ¡oh Sión santa! ¡oh! ¡tú, María, la Hija de Sión! pegadas queden al paladar las lenguas nuestras, si no nos propusiéramos á tí: *Si non proposuerio Jerusalem in principio laticie meae*, (31) Virgen inmaculada, por objeto de nuestro corazón, que la helada mano de la muerte, inexorable, sin piedad, corte el hilo de nuestra vida.»

Tú, Virgen pura, después de Dios, serás siempre el primer objeto de nuestra alegría, de nuestro amor y de nuestra gloria, durante nuestra peregrinación en esta tenebrosa tierra de dolor y de miserias. Jamás se borrará de nuestro agrandecido pecho tu maravillosa Imagen, hasta que en el cielo, contemplándote, gocemos de tu amable presencia, y Tú, con tu piadosa y poderosa mano, por haberte coronado, ciñas lassienes con inmarcesibles guirnaldas de gloria, á los mexicanos, tus queridos hijos, que fieles fuimos á la Religión y á tu amor.

FIAT, FIAT.

31 Psalm. CXXXVI, vers. 5 y 6.

NOTA.—Siendo la demostración científica de la verdad de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, uno de los más grandes honores que los mexicanos pueden rendir á su Augusta Madre en el día eternamente memorable de su Coronación, el que escribió este pobre y desaliñado discurso, juzgó que la referida demostración sería el mejor vasallaje que pudiera ofrecer á la Soberana de México; por esta razón, entre los muchos asuntos que pudieran tratar, eligió el mencionado y principalmente porque con la Coronación se puso el sello de la autoridad pontificia á la verdad de la aparición de la Madre de Dios en la nación mexicana. Dignese la Reina del Tepeyacatl aceptar el pequeñísimo tributo de la pobre inteligencia de EL AUTOR.

«Yo salí de la boca del Altísimo. Yo soy la primogénita del mundo ante toda creatura. El Señor me tenía á su lado desde el principio de sus obras, antes que hiciese cosa alguna. Ya desde la eternidad era yo predestinada en la mente soberana de Dios. Con él asistí á la creación y al ornato de los mundos y me recreaba con la presencia de los astros matutinos que recorrían por vez primera sus circulares órbitas. Aún no existían los abismos; aún no habían saltado de su lecho las bulliciosas aguas; aún no estaba asentada en sus cimientos la grandiosa mole de los montes, ni en los aires se habían suspendido los fundamentos de la tierra, ni se ahondaban los tortuosos cauces de los ríos; cuando ya era nacida yo en el pensamiento de Dios. Con él estaba cuando los cielos brotaron de sus manos y se extendieron como una alfombra en las inmensas profundidades del éter; cuando afianzaba en los flamantes espacios los globos resplandecientes y con ley constante les mandaba girar sobre sus ejes; cuando daba leyes á las aguas y reconcentraba en sus ámbitos los soberbios y anchurosos mares y circunvalaba los océanos para que no traspasasen sus linderos. (11)

Llegó el tiempo vaticinado por los profetas, y á los símbolos y figuras sucedió la realidad, pudiendo el género humano, á la vista de María, cantar arborizado con el rey David: *Sicut audivimus, sic vidimus in civitate Domine virtutum, in civitate Dei nostri*. Según lo habíamos oído así lo habemos visto en la ciudad del Señor de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios. (12) Predestinada María para ser Madre del Redentor, Dios la preserva, en el instante de su concepción, de la culpa hereditaria, y sale á este mundo pura é inmaculada como el pensamiento divino que le dió el sér, brillante como la aurora, bella como la luna, escogida como el sol y terrible como mil ejércitos ordenados en plan de combate. (13) Un mensajero celestial la saludó, proclamándola *llena de gracia y sobre todas las mujeres bendita*. (14)

En sus entrañas encarna el Verbo y es Madre sin dejar de ser Virgen. Asociada á los destinos de su Hijo, es corredentora de la humanidad y, con amor de Madre, se constituyó protectora y abogada nuestra, complaciéndose en ser llamada madre de gracia, madre de misericordia, salud de los enfermos, consuelo de los tristes y refugio de los pecadores. Y porque es Madre de Dios, *es plenipotenciaria de sus tesoros*, (15) canal por donde circula en el mundo de las almas el torrente de las bendiciones del cielo y por donde suben de la tierra las plegarias de todos los labios, el gemido de todos los pechos y el lloro de todos los ojos.

Hermanos míos: ¡qué grande, sublime y consoladora es la religión católica ante la idea de la Virgen bella, de la Virgen amable que intercede por los pecadores y es dulce contrapeso al rigor de un Dios justiciero y terrible. No lo dudéis: todo hombre, por más que cubra su cabeza blanca cabellera y marche encorvado bajo el peso de los años, por más que, lleno de vida y de alvitez, haga ostentación de incredulidad, despreocupación y volteriana ironía, por eso se despoja de su nativo fondo de niño, es decir, necesita mendigar las caricias del amor y vivir de emociones tiernas; porque sabe, según confesión de un impío célebre de este siglo, que la «vida sin amor y sin afecciones dulces, es un mecanismo seco, árido y destemplado.» (16) Y quién podrá calmar las justísimas aspiraciones de nuestro sensible corazón, endulzar las amarguras de la vida, y cicatrizar las heridas del alma, verter en ella un rayo de luz cuando vaga en noches de tristeza, saciar nuestra sed de felicidad, sino la fe en Dios, llevada á él por la mano amorosa de María? El protestantismo, hermanos míos, y las demás sectas disidentes, al borrar de su liturgia el nombre de la Madre de Dios y colocar á la Virgen en la galería de mujeres vulgares, abrió entre Dios y el alma, la más profunda, tenebrosa, infranqueable sima, á cuya entrada, como á las puertas del infierno, muere la esperanza y se hiela el sentimiento.

Quitad de nuestros altares la Imagen de María, borrad su nombre bendito de nuestro corazón y de nuestra memoria, relegadla á las antenas del cielo, sin las gracias, prerrogativas y honores que le

11 Ecci. XXIV, 8 y Proverb. cap. VIII.
12 Psalm. XLVII, 9.
13 Cant. VI, 3 y 9.
14 Luc. I, 28.
15 San Anselmo.
16 Víctor Hugo.

corresponden por su alta dignidad de Madre de Dios y abogada nuestra, y habréis roto la consonancia celestial del plan divino; habréis despojado al catolicismo de su más dulce encanto y habréis privado al sentimiento de las fuentes divinas á do van á beber su florida inspiración las musas cristianas. El culto de María es en el catolicismo lo que el aroma en las flores, el ritmo en el verso, el plectro en la lira, la armonía en la música, el colorido en el lienzo, la brisa en la escala de los vientos, la aurora en el día, el centelleo en las estrellas, todo, en una palabra, cuanto hay de tierno, delicado y poético en el seno armonioso de la creación universal y de los mundos.

¡Coincidencia singular, amados oyentes míos, coincidencia singular y testimonio además de las soberanas recompensas que otorga el Señor á sus amantes siervos! Los pueblos creyentes ven germinar en su suelo la devoción y el culto de la Virgen con tanto más vigor y lozanía, cuanto mayor ha sido su docilidad en recibir la semilla de la fe y mayor su tesón en conservarla. Por eso la ilustre nación mexicana que, agradecida y fiel, oyó de rodillas en los albores de su civilización la predicación del Evangelio, y la abrazó sin oposición, sin recelos ni reservas, y lo cultivó y cultiva con firmeza inquebrantable, mereció del cielo ser visitada por la misma Madre de Dios, quien en prenda de su protección perpétua, le dejó su propio simulacro, acompañando el prodigio de pruebas tan evidentes de su maternal amor, de tales maravillas y portentos, que, al examinarlos, exclamó enternecido, parodiando al Salmista, uno de los más sabios sucesores de San Pedro: (17) *Non fecit taliter omni nationi*: Gracia como ésta, no la hizo el Señor á ningún otro reino de la tierra. (18)

La nación mexicana, al inaugurar las obras gigantescas de esta suntuosa basílica, llevadas á cabo con el óbolo del pobre, la largueza del rico y la fe de entrambos; y al ceñir con imperial corona las sienes virginales de la milagrosa Imagen con la autorización y mandato del Soberano Pontífice, la cooperación unánime y venerable presencia de todos los Prelados de la República y de otros muchos extranjeros y el sufragio espontáneo del pueblo creyente, la nación mexicana, repito, lanza á la faz del mundo el testimonio más elocuente de su piedad filial, y realiza el acto más solemne y grandioso que de ella podía esperar la Virgen del Tepeyac, cuna de su civilización, origen de su grandeza, orgullo legítimo de la raza indígena y compendio maravilloso de las bondades de Dios en el país del poderoso Moctezuma; pero al mismo tiempo este sublime acontecimiento ha puesto sello inquebrantable á la creencia universal en la milagrosa aparición, cuya verdad histórica con arrolladora evidencia por el orbe vuela.

La Orden de Predicadores que ha traído las primicias de la fe y de la civilización á estas regiones, donde se conserva aún en valles y montañas la huella de su paso, la señal de sus lágrimas y el eco de su voz; la Orden de Predicadores, que ha sido la principal, sí, digo bien, la principal defensora de la libertad de los indígenas mexicanos, mal que pese á los filántropos de oropel que pululan en nuestros días, sin perdonar al efecto largos viajes, penosísimas navegaciones y amarguras sin cuento; la Orden de Predicadores y los cofrades del Rosario, hijos predilectos de María, no podíamos ser indiferentes á esta explosión del sentimiento católico y del amor á la Virgen del Tepeyac. Por eso venimos aquí á depositar el voto de nuestras creencias y tributar á María el rendido homenaje de nuestros corazones, cifrando nuestra mayor gloria en repetir con el Profeta: *Introibimus in tabernaculum ejus, adorabimus in loco ibi steterunt pedes ejus*. (19) Nos hallamos dentro de su santuario y adoramos á María en el mismo sitio donde se fijaron sus virginales plantas.

Tratar de demostrarnos la verdad de la milagrosa aparición, sería heriros en lo más delicado de vuestras creencias religiosas. Mas como el Apóstol exige que sea razonable el obsequio de nuestra fe, (20) al manifestaros que la aparición de la Virgen de Guadalupe fué la recompensa que recibieron los mexicanos por su docilidad al Evangelio, dejaré sentado, á la luz de la crítica, que los

17 Benedicto XVI.
18 Psalm. CXLVII, 20.
19 Psalm. CXXXI, 7.
20 Ad. Philip. II, 17.

fundamentos en que esta creencia descansa reunen los requisitos suficientes para constituir criterio infalible de verdad histórica.

¡Virgen Sacrosanta de Guadalupe! para mis oyentes y para mí imploro vuestro favor en estos momentos. Volved, Señora, vuestras miradas amorosas hacia los hijos que han venido de lejos y las hijas que se levantan de al lado vuestro (21) para bendecirte y aclamaros Reina y Señora de la República Mexicana, á la que dominas y proteges desde las alturas del Tepeyac. A este pueblo tuyo alcánzale espíritu de fidelidad para escuchar la divina palabra y á mí la inspiración y fuerzas que necesito para corresponder dignamente á la misión que se me ha confiado en este día. Os pedimos, Señora, esta gracia por el amor de vuestro hijo Jesucristo; y para más obligaros os saludamos reverentes, diciéndoos con el Arcángel: Ave María.

Introibimus in tabernaculum ejus, etc.

Después de referir el Evangelista San Juan aquella maravillosa visión en la que se le mostró en el cielo la figura de una mujer que tenía el sol por manto, la luna por escabel de sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas, añade: «Y otra señal apareció en el cielo: era un enorme dragón de color rojo, el cual tenía siete cabezas y diez cuernos, y en cada una de las cabezas llevaba una diadema. Y este dragón—continúa San Juan—arrastrando con su cola la tercera parte de las estrellas las precipitó en la tierra.» (22) Jamás, hermanos míos, en los fastos de la historia eclesiástica se vió tan fielmente retratado el dragón apocalíptico como en la primera mitad del siglo XVI con la aparición del execrable apóstata Martín Lutero, verdadero monstruo de impiedad, que arrebató del cielo de la Iglesia en Europa, no la tercera parte, sino más de la mitad de las almas redimidas por Jesucristo y las sepultó en las tinieblas de la herejía más extensa, procaz y descarada que han visto los siglos.

Pero ¡aquel Dios poderoso y grande, que abarca de un confin al otro la inmensidad del universo; (23) que tiene en sus manos los límites de la tierra, (24) y agarrando ésta por sus polos, según la valiente expresión del Santo Job, la sacude fuertemente, expeliendo de ella á los impíos, (25) sin que nadie pueda contener la fuerza de su brazo ni poner trabas á la ejecución de sus designios; aquel Dios bondadoso y magnífico, que, según el pensamiento de San Pablo, da á cuanto existe el sér, el movimiento y la vida; (26) aquel Dios fuerte que se complace en ser llamado el Dios de las batallas, (27) porque otorga la victoria á quien le place y por «*Ellos reyes reinan y los legisladores decretan leyes justas*,» (28) acordó en su infinita misericordia reparar los quebrantos de su Iglesia en Europa, suscitándole en mundos desconocidos nevoseñinos y nuevos hijos que le sirviesen en espíritu y verdad perpétuamente. Al mismo tiempo que la Europa ardía en guerras y discordias y la Iglesia vestía luto por el rompimiento de su unidad religiosa, la conculcación de sus derechos y divina autoridad, la devastación de su santuario, la profanación de sus dogmas, ritos y sacramentos y la reviviscencia de todas las herejías que en el decurso de la historia suscitara la soberbia, la lascivia ó la extravagancia de los hombres, un osado navegante, inspirado por Dios, se lanza á la mar, y busca en medio de las olas el mundo delicioso de florestas vírgenes, apacible clima y exuberante fecundidad y riqueza, soñado felizmente por el gran Séneca en sus cantos inmortales. (29) Entonces fué cuando tuvo lugar el acontecimiento más grande y portentoso que vieron las edades después de la creación universal en la mañana de los tiempos: el descubrimiento de las Américas. A España, que había permanecido fiel al Evangelio en aquella prevaricación general de reyes y pueblos, cupo la gloria de ser la nación escogida por Dios para traer á las nuevas razas las luces del Cristianismo y de la civilización europea.

21 Isaie LX, 4.
22 Apoc. XII, 1.
23 Sap. VIII, 1.
24 Psalm. XCIV, 4.
25 Job. XXXVIII, 13.
26 Act. XVIII, 25.
27 II Reg. VII, 26.
28 Proverb. VIII, 16.
29 Tragedia Medea.

Mas no perdamos de vista, hermanos míos, la ley providencial que informó, desde un principio, la serie de aquellos memorables sucesos. La conquista de América no fué uno de tantos hechos ordinarios que registra la historia y se ven cada día en el desenvolvimiento de la humanidad en el mundo. En el cálculo de los hombres, pudo entrar la idea, ciertamente laudable, de ensanchar los dominios de la patria, de infundir sus propias leyes y costumbres en las nuevas generaciones y de poder legar á la posteridad la estela luminosa que han dejado en pos de sí todos los conquistadores. Pero Dios, en sus altos fines, no allanó los caminos de la conquista precisamente para que las Américas hubiesen de ser para siempre un feudo de ninguna nación, siquiera fuese tan grande y poderosa como la España de Carlos V y de Felipe II; sino para que estos países desterrasen de su seno la bárbara idolatría, entrasen en el concierto de los pueblos cultos y, sobre todo, para que fuesen iluminados por el sol esplendoroso de la verdad y bañados en la sangre que, para salud del género humano, derramó N. S. Jesucristo en la cima del Gólgota. Por eso la conquista fué tan rápida, teniendo en ella tanta parte la palabra persuasiva de los apóstoles como la espada de los guerreros, y realizando unos y otros hazañas que deberemos calificar de milagrosas, si renunciamos á llamarlas heroicas.

Que la conquista material del suelo americano y la conquista moral de los corazones para Jesucristo marchaban juntas y uniformes como dos móviles impulsados por fuerzas iguales, lo dice la historia al asegurar, refiriéndose á México, que «desde el año de 1524 (tres años después de la rendición de México) hasta 1539 (ocho después de la milagrosa Aparición de Guadalupe), bautizaron los religiosos dominicos y franciscanos en México y sus contornos diez millones y quinientos mil indios, sin los que bautizaron sacerdotes clérigos, que es otra parida grande y sin los muchos que catequizaron y bautizaron los PP. Agustinos y Mercedarios, que fueron tantos que no cabían en las Iglesias.» (30)

Mas, siendo el catolicismo la religión que, por bondad divina, debía florecer en el Nuevo Mundo, y siendo españoles los afortunados mensajeros que del cielo recibieron la misión altísima de predicarla, no era posible sino que el nombre de María resonase al unisono con el de Jesús en estas regiones. España, patrimonio de María, profesa á la Virgen devoción tierna y fervorosa, cual cumple á hijos nobles, amantes y agradecidos; y allí donde va España va el culto de la Madre de Dios y la publicación de sus grandezas. Santa María fué la primer palabra escrita que se ofreció á las miradas atónitas de los indios al ver por vez primera la embajada portentosa que arribaba á sus playas, pues Santa María era el nombre de la primera de las carabelas de Colón; la imagen de María venía de Capitana en la flota de Cortés y en las de todos nuestros marinos, y esa misma imagen llevaban de pueblo en pueblo nuestros misioneros, enseñando á los indígenas á conocer y amar á Dios, y al propio tiempo á conocer, amar y confiar en su Divina Madre. ¡Qué devoción inculcaban con más celo en el corazón de los neófitos los hijos de mi glorioso Padre Santo Domingo de Guzmán, sino la del Santo Rosario de María, que llegó á florecer en el Nuevo Mundo, y en particular en esta República, con esplendor y grandeza que no alcanzó en ninguna otra nación del globo? ¡Qué riqueza, grandiosidad y pompa hay comparables á la pompa, grandiosidad y riqueza de nuestras antiguas Cofradías del Rosario, cuyos miembros se contaban por el número de cristianos y cuyo entusiasmo en festejar y honrar á nuestra Inmaculada Madre se puede admirar, mas no cumplidamente describir!

El amor con que la Madre de Dios miró desde el principio á los mexicanos, explica su pronta y sincera conversión á la fe; y á la Virgen debe México la gloria singular, que es patrimonio de muy pocas naciones: el ser cristiano sin que por su suelo corriese la sangre de sus primeros apóstoles! Casi todos los pueblos genéricos martirizaron á los enviados de Dios que les llevaban la buena nueva del Evangelio; pero México, lejos de ensañarse con sus

30 Historia de la santa Provincia de Santiago de Predicadores de México en la Nueva España, por el P. Fr. Juan de la Cruz Moya, Lib. II, c. XVI, núm. 761. Gál González Dávila en el Teatro de las Iglesias de Indias, tom. I, fol. 25.

misioneros, los recibió con los brazos abiertos; les dió cariñosa hospitalidad y aceptó con docilidad y amor sus enseñanzas.

A una acción generosa, hermanos míos, corresponde una recompensa digna. Y Dios, que es la generosidad por esencia, ¿qué galardón tendrá reservado en las profundidades de su amor á esos nuevos hijos que acatan su ley, rinden pleito homenaje á su excelsa Madre y cubren con creces las bajas causadas en las filas cristianas en Europa por la apostasía de Lutero y sus secuaces? Prestad atento oído, amados oyentes míos, al acuerdo venturoso del consejo eterno, traído á la tierra por los ángeles tutelares que, veloces, rasgan los espacios con sus alas de carmín y de nieve.

"A ese pueblo mío, diría el Redentor, á ese pueblo mío, purificado y hermosado en el bautismo de mi sangre, no le enviaré un Ángel como el que guió y custodió al pueblo de Israel en su peregrinación por vastas soledades; una vez más franquearé los tesoros infinitos de mi amor y misericordia, y le enviaré á mi propia Madre, para que santifique el suelo mexicano con el contacto de sus virginales plantas, y embalsame el ambiente con el hábito celestial de su boca, reine perpetuamente sobre los mexicanos, y desde las alturas del Tepeyac los proteja contra el azote de las peses, de las inundaciones, de los terremotos y las guerras, los preserve del error, los consuele en sus adicciones y sea para siempre su puerto de salvación y lugar de refugio en las adversidades de la vida. Y para que ni el tiempo ni los hombres equivoquen el favor, y sepa el mundo quiénes son los heraldos de estas mis bondades y preferencias, mi amada Madre no se presentará primeramente á ninguno de los santos misioneros y piadosos cristianos que han venido de allende los mares, sino á la clase indígena representada en el sencillez y humilde neófito Juan Diego, cuyo nombre pasará á la posteridad envuelto en destellos de luz y nimbos de gloria." Caigamos de rodillas, amados oyentes míos, y con la frente en el polvo, bendigamos al Señor, siempre grande y magnífico en sus dones y larguezas.

En efecto, á 9 de Diciembre de 1531, diez años después de la conquista, en un sábado, día consagrado á la Madre de Dios, la misma Emperatriz de los cielos se dejó ver del dichosísimo Juan Diego en la cumbre de estos cerros, dirigiéndole las palabras más dulces y amorosas que pudiera dictar el corazón tierno de una madre.

No seguiré, hermanos míos, paso á paso la relación de las apariciones sucesivas de la Santísima Virgen, mandando con insistencia que se le consagrara este lugar y en él se le diese culto, contando ante todo, con el beneplácito del V. Obispo Fr. Juan de Zumárraga. Paso en silencio la prudente reserva del Santo Obispo ante las primeras noticias del extraordinario suceso y su demanda de alguna señal que le hiciese conocer la voluntad expresa del cielo; pero sí os diré que la señal divina exigida por el Obispo y bondadosamente dada por la Madre de Dios, no fué otra que esa veneranda imagen, milagrosamente estampada en la ruda tilma del venturoso Juan Diego.

Esta es, católicos, la sustancia del doble milagro: la aparición real de la Santísima Virgen y la pintura milagrosa del lienzo que la representa. Hace más de tres siglos y medio que la piedad de los fieles confiesa esta verdad, la cual se ha hecho del dominio universal, así en el nuevo como en el viejo mundo. Por Europa se reparieron desde un principio 40,000 copias de la sagrada imagen y 3,000 impresos latinos de su historia, y sólo en Roma, con motivo de un triduo celebrado en su honor, se distribuyeron 40,000 ejemplares de la milagrosa aparición. (31) Por eso la Iglesia, maestra infalible de la verdad, colocó la aparición guadalupana en la categoría de las más célebres apariciones marianas, tales como las del Pilar de Zaragoza, la de Cavadonga, Monserrat y hoy la de Lourdes, con la circunstancia de que no habiéndose concedido oficio y rezo público á la aparición de la Virgen del Pilar, sino después de trascurridos más de 1,700 años, ni á la Traslación de la Santa Casa de Loreto, sino después de pasados más de 500, se concedió á la Virgen de Guadalupe á los 223 años, es decir, cuando el portentoso

31 Así consta en el extracto publicado en 7401 por Don Teobaldo Antonio de Rivera.

se hallaba relativamente fresco en escritos y tradiciones autorizados.

Solamente un siglo positivista, ateo y sistemáticamente refractario al catolicismo, ha tenido la osadía de poner en tela de juicio desenterrando un escrito de mala ley, (32) la verdad de las apariciones guadalupanas, las cuales llegan á nosotros, sin solución de continuidad por el hilo de la tradición y de la historia, robustecidas además, con ingente y abrumadora copia de testimonios. No es de este lugar, ni de estas circunstancias desenvolver las pruebas que, en buena crítica, demuestran la verdad de la aparición, pero sí indicaré sumariamente algunas que sólo dejarán de convencer á los que cierran voluntariamente los ojos á la luz.

1º La aparición tuvo lugar en 1531, y de fecha poco posterior son tres testamentos, dos de ellos vistos por el Ilmo. y Rmo. Sr. Lorenzana, arzobispo de México, en los cuales se asegura la verdad de la aparición. (33)

2º La historia de la aparición en lengua mexicana, escrita por un coetáneo del suceso, (34) probablemente el Sr. D. Antonio Valeriano, natural de Atzacotalco, gran literato y de notoria probidad, como lo prueba el haber sido Gobernador de México, por nombramiento de los virreyes, más de 40 años, á partir de 1565. Se ha impreso esta obra con el nombre del Br. Lasso de la Vega y la firman en lo sustancial las que escribieron los eruditísimos y concienzudos historiadores guadalupanos Miguel Sánchez, Becerra Tanco y el P. Florencia.

3º La colección de documentos, manuscritos y monumentos antiguos recogidos y conservados por el incansable bibliófilo y escritor Boturini.

4º Los mapas antiquísimos donde los indios consignaban por medio de figuras los sucesos notables, entre los cuales está la aparición de Guadalupe.

5º Los cantares populares, conservados por el pueblo desde el tiempo de la aparición de la Virgen.

6º La declaración facultativa de seis distinguidos artistas, á juicio de los cuales la imagen de Guadalupe no es obra de pincel humano.

7º La información abierta en 1665 en la cual consta por testigos fidedignos y de mayor excepción la verdad de las apariciones por haberlas oído algunos de ellos á personas contemporáneas del suceso.

8º La declaración pontificia del Patronato de la Virgen de Guadalupe para México, hecha por Benedicto XIV, el Papa más crítico que ha gobernado la Silla Apostólica, cuya declaración se funda principalmente en la aparición milagrosa del Tepeyac. (35)

Todos estos testimonios, amados oyentes míos, llevan la convicción al ánimo más recalcitrante y obstinado en arrebatár á la República mexicana la gloria más insigne de su historia. ¿Qué vale, en presencia de pruebas evidentes y terminantes, el manoseado sofisma llamado argumento negativo, ó sea la falta de documentos autorizados por el V. Zumárraga ú hombres de su época y de su carácter? Estos documentos bien pudieron existir y haberse extraviado, como afirma el Ilmo. Lorenzana; (36) pero, aun cuando no existieran, ¿quién, católicos, hallándose versado en la aciaga historia de aquellos tiempos, deja de comprender las justísimas razones que para callar pudo tener el primer Obispo de México, perseguido, vejado y cohibido por los encomenderos, á causa de su tesón en defender la raza indígena, hasta el extremo de prohibirle levantar autos y que le diesen testimonio alguno los notarios públicos? (37) Disputándose entonces por gentes obcecadas por la soberbia

32 Memoria sobre las apariciones y el culto de Nuestra Señora de Guadalupe de México, leída en la real Academia de la Historia por su individuo supernumerario D. Juan Bautista Muñoz.

33 "Historia de la Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas," por el Ilmo. Sr. Don Francisco Lorenzana, Arzobispo de México-México, 1778.—Pág. 35 nota.—El tercero de los testamentos á que se refiere el texto es el del cacique Don Francisco Verdugo, *Quetzalmanalitzin*, citado por Boturini en su "Catálogo del museo histórico indiano," págs. 81 y 82.

34 Sígo en este punto el parecer del citado Boturini en la expresada obra, págs. 81.

35 "Attentis his omnibus, que in supplicii preinserto libello continetur, dice el decreto Pontificio, approbamus, etc., y en las Preces aludidas se lee: "Inter precipuos favores, quos huic Regioni concessi, illud celebratissimum est, quod coram Episcopo Mexicano mirabiliter depicta apparuerit."

36 Cartas pastorales y edictos del Ilmo. Sr. Lorenzana, págs. 168.

37 Herrera, Década IV, cap. 22 libro 7, citado por el Sr. Torrel Mendivil en su obra: "Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe," tomo 2º, págs. 188.

llamado nazari

XIII

Predicado por el Sr. Pbro. D. Francisco Campos, Secretario de la Sagrada Mitra de Tulancingo el día 15 de Octubre.

Oculi mei erunt aperti et aures meae erectae ad orationem eorum, qui in loco isto orant. II Paralip. cap. VII, v. 15. Mis ojos estarán abiertos y atentos mis oídos á la oración del que me invocará en este lugar.

Ilustrísimos Señores: Venerable Cabildo:

CABABA de inaugurarse el único templo levantado á la gloria del Altísimo. (1) Aun corría la sangre de millares de víctimas sacrificadas en medio del atrio y en bellas espirales el humo del incienso subía hasta el trono de Dios. (2) Se acababan de realizar los desenos más vientemente del real Profeta, utilizándose su influencia y sus riquezas. (3) Se había cumplido su voluntad postrera. (4) No habitará más bajo húmedes tiendas el Arca de la Alianza, (5) ni será expuesta á la osadía de los unos, (6) ni á la temeridad de los otros. (7) Sus fecundas bendiciones no descenderán copiosas sobre su residencia accidental en casa de un Obededón. (8) Será llevada con más pompa y majestad que la que tuvo lugar al trasladarla de Cariathiarim. (9) Habitará por fin en el Oráculo, en el importante Sancta Santorum y bajo las misteriosas alas de los querubines. (10) Será protegida por la gloria de Dios que llenará sensiblemente aquella sagrada mansión (11) y desde allí se elevará hasta los cielos la ferviente oración de un Rey Pacífico. (12) Dios recibirá sus preces desde el elevado asiento de que goza en las alturas, (13) y comenzará á cumplirse lo que había asegurado Natham: que esas preces serían aceptadas, y el monte de Sión sería para siempre objeto de las miradas cariñosas de Dios. (14) Después de aquellas imponentes ceremonias, para las que habían sido llamados todos los hijos de Israel, desde la entrada del Emath hasta las riberas del Nilo, (15) cuando acababan de recibir las últimas bendiciones del Rey, (16) y lleno de santas impresiones aquel pueblo devoto, regresaba alegre á sus hogares, (17) Dios aseguraba á Salomón que lo había hecho en Gabaón (18) que aquella obra era de su agrado, que habitaría en medio de los hijos de Israel y no desampararía á su pueblo. (19)

No preguntéis ahora, señores, como José á sus hermanos que hambrientos venían de Canaan: (20) ¿qué significa la agrupación que oficialmente acude al pie de esas Sagradas Aras? Los ecos del

- 1 III Reg. cap. VIII, v. 10.
- 2 III Reg. VII, v. 64.
- 3 II Reg. VII, v. 2.
- 4 III Reg. V, v. 8.
- 5 II Reg. VII, 2.
- 6 II Reg. VI, 7.
- 7 I Reg. VII, 15.
- 8 II Reg. V, 11.
- 9 I Paralip. XIII, 13.
- 10 II Paralip. V, 7.
- 11 II Paralip. V, 14.
- 12 II Paralip. VI, 4.
- 13 XIII, 12.
- 14 II Paralip. VII, 39.
- 15 III Reg. VIII, 65.
- 16 v. 55.
- 17 v. 66.
- 18 II Reg. VII, 13.
- 19 II Paralip. VII, 16.
- 20 Gen. XLII, 2, 7.

y la avaricia la racionalidad de los indios, á pesar de las protestas y esfuerzos inauditos de los misioneros, no se hubiera desencadenado furiosa tempestad y alzado contra el V. Zumárraga la más escandalosa y arrebatada conspiración, si, declarando el portentoso guadalupano, resolvía oficialmente no sólo que los indios eran tan racionales como los europeos, sino también más amados de Dios y preferidos de la Santísima Virgen, toda vez que á ellos y no á otros se otorgaba el singular beneficio del Tepeyac?

Apartemos los ojos con lástima, hermanos míos, de los desgraciados que gastan sus talentos en labor tan ingrata y estéril como barrenar los cimientos solidísimos en que descansa la aparición guadalupana, una de las apariciones más acreditadas de la historia. Los esfuerzos titánicos que desarrollan para ver de arrancar de nuestros corazones el consuelo infinito de creer en esta bondad inmensa de la Santísima Virgen y de honrar su milagrosa Imagen en su propio Santuario, nada podrán conseguir en definitiva, y sus voces se apagarán en el vacío de nuestra conmiseración é indiferencia. Es imposible, señores, bogar contra la corriente: es locura el intentar siquiera detener con leve arista la formidable avalancha, desprendida de empinada roca. Ante los testimonios incontrastables de la historia; ante la voz potente, robusta, continuada de la tradición; ante el espectáculo, jamás visto en este país, de 40 obispos reunidos al pie del Tepeyac y ante las masas católicas, arrastradas por un mismo resorte desde todos los Estados de la República para desfilar reverentes delante de la portentosa Imagen de Guadalupe, la actitud de los adversarios de la aparición no hace otro efecto en el ánimo de todo hombre pensador sino el que haría el espectáculo de un niño incauto que, parado en mitad de la vía férrea, intentase detener con la mano la locomotora de un tren en lo más veloz de su marcha.

¡Gloria á la Virgen de Guadalupe! ¡Gratitud al hombre providencial (38) que no desmayó ante la adversidad, ni cejó en su noble empeño hasta ver coronada la bendita Imagen! ¡Plácemes al venerable episcopado mexicano, que autorizó con su presencia el esplendor de estos festivales religiosos, y haciéndose eco del sentimiento nacional, puso el sello á la verdad de la aparición! ¡Albricias al Soberano Pontífice León XIII, que desde su encierro del Vaticano asiste en espíritu á estas fiestas, por él bendecidas y mandadas, y se solaza con los sentimientos católicos que en esta ocasión, como nunca, han revelado los nobles mexicanos!

Y vosotros, cofrades del santo Rosario, hijos predilectos de María, regocijados en el Señor por haber tenido la dicha de ser los primeros, entre las Asociaciones piadosas, en depositar el testimonio de vuestra fe al pie de la Virgen de Guadalupe. Sed fieles á nuestra Madre, de la que sois guardias de honor, y consagrale desde hoy vuestros corazones, jurándole honor y amor perpétuos, y prometiéndole, como buenos hijos, difundir en torno vuestro su devoción y su culto y contrarrestar con vuestras obras piadosas y vuestras costumbres santas la propaganda impía del protestantismo, que siendo planta exótica en el país bendito de la Virgen de Guadalupe, vierte en ella sus deletéreas doctrinas. Clamando con el Santo Rosario á la que es destructora de todas las herejías, alcanzareis triunfos soberanos, que algún día os labrarán corona inmortal en el cielo.

38 Ilmo. Sr. D. Antonio Plancarte y Labastida, Abad mitrado de la Insigne Colegiata de Guadalupe y obispo preconizado de Constanza.

dulce llamamiento hecho á todos los mexicanos para venir á tomar parte en la Santa Solemnidad que acaba de tener lugar, han resonado por todos los ámbitos de la Nación y aun fuera de ella. Por eso Tulancingo, su Obispo, Clero y fieles, vienen hoy á rendir vasallaje á la Augusta Reina que acaba de ser coronada. Somos atraídos, no por la voz iracunda de un Dios vengador que pretende ejercer sobre nosotros el terror de su venganza, como en otro tiempo á Caín, cuyas manos fratricidas aún humeaban la sangre inocente de Abel. (21) Somos llamados no para ser juzgados en medio del furor divino y sentenciados á perder para siempre el paraíso, como á nuestros primeros padres después de su delito. (22) Hemos oído la voz de Dios que nos invita, no para escuchar terribles oráculos y anuncios desastrosos, como á un Samuel en casa del Pontífice Heli, (23) sino una voz delicada, que con dulce arrullo, como la paloma que regresaba al Arca, trayendo en el pico un ramo de oliva, anunciaba á Noé la cesación del diluvio, (24) á nosotros nos anuncia la verdadera paz y una nueva era. Una voz que, como la que condao á los hermanos de Jesús á la sublime apoteosis de su transfiguración en el Thabor, (25) á nosotros nos ha conducido con un doble atractivo á este bendito lugar, (26) para contemplar una vez más ese lienzo bellísimo á donde el pincel divino nos reprodujo maravillosamente aquel hermosísimo cuadro que San Juan contempló en el cielo azulado de Patmos. (27) Nuestros ojos vienen á deleitarse con dulce arrobamiento en esa tilma dichosa en que están vinculados para nosotros, intereses más gratos que lo fueran para el anciano Jacob las cariñosas miradas de su idolatrado hijo, el sabio superintendente de Egipto. (28) Nuestros corazones henchidos de gozo vienen á desahogarse dulcemente en esta sagrada montaña, para suavizar los rigores de una vida azarosa, buscando al pie de estos sagrados muros el refugio que Moisés encontraba en el Sinaí, donde reparaba sus fuerzas, gastadas en las múltiples fatigas del desierto. (29) La historia y la experiencia nos han asegurado que en este lugar están abiertos los ojos y atentos los oídos de María á la oración del que la invoque: *Oculi mei*....

Si, con más eficacia que en el Monte Moria, (30) la majestad del Señor ha llenado este sagrado recinto, pues no lo llena bajo la forma de una nube milagrosa, sino con el retrato fiel y no menos maravilloso de aquella mujer dichosa á quien eligió por Madre, (31) y á quien hace muy cerca de cuatro centurias nos dió en el mismo amoroso título. (32) Y efectivamente, este sagrado lugar tiene para nosotros un doble atractivo, el templo y la sagrada reliquia, esa bellísima Señora, objeto de nuestros cultos y centro de nuestros corazones. (33)

Permitidme, señores, que pida vuestra cooperación, y que antes de pasar adelante os convidé á invocar conmigo á la Santísima Virgen María me favorezca, dándome no como á Escoto, valor para luchar en su defensa, sino su gracia para hablar de ella con el amor de un San Agustín y con la dulzura inefable de un San Bernardo, sus predilectos hijos; exponiendo los humildes considerandos que han traído á nuestro corazón en este día. ¡Sedme propicia, Señora! Ave María.

Oculi mei erunt aperti....

III

Yo debiera guardar un respetuoso silencio, después que tantos ilmos. Prelados han hablado, y contentándome con escuchar sus enseñanzas tan autorizadas (34) como nutritivas, (35) mi deber sería guardarlas en mi corazón. (36)

- 21 Gen. IV, 10.
- 22 III, 23.
- 23 I Reg. XII, 15.
- 24 Gen. VIII, 11.
- 25 Math. XVIII, 3.
- 26 Paraliip. VII, 16.
- 27 Apoc. XII, 1.
- 28 Gen. XLVI, 30.
- 29 Exod. XXXIV, 6.
- 30 2 Paraliip. III, 1.
- 31 Luc. I, 2.
- 32 Joan. XIX, 25.
- 33 Marc. X, 22.
- 34 Math. XXIII, 19.
- 35 Sap. XVI, 26.
- 36 Luc. II, 19.

Pero hoy el grande y el pequeño, José y Benjamín, (37) son admitidos al palacio de la Reina para que el primero hable de la abundancia de la inspiración que posee la plenitud del sacerdocio y la sabiduría de su magisterio, (38) y el segundo para balbutir en la pequeñez de sus años, desaliñados conceptos. (39) Escuchadme benévolo.

IV

Los templos católicos han recibido desde su institución el destino de ser las aras donde se ofrezca la Divina Víctima, el incienso de la oración y donde se tenga la predicación de la Divina palabra. Pero esta insigne Basílica, una vez restaurada y consagrada con toda la solemnidad de los sagrados ritos, tiene en aquellas mismas funciones mayor atractivo para nosotros. Los augustos misterios donde quiera que se realicen atraerán las miradas de Dios. (40) El Padre aceptará el sacrificio de su Unigénito en cualquiera altar que bañe con su purísima sangre, así en la obscuridad de las catacumbas como en la suntuosidad y bajo la sublime arquitectura de una Basílica (41) En las riberas del Jordán (42) como en las soberbias iglesias. Siempre se dejará escuchar en sus saludables efectos la voz del Padre: "este es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias." (43) Pero aquí, sobre esos altares que acaban de consagrarse, bajo las augustas sombras de este santuario, que llena con su presencia nuestra amada Reina, en la aceptación del cordero sin mancha es mayor. (44) Este templo santísimo, destinado solemnemente para ofrecer la víctima santa, es y será para México una fuente perenne de beneficios. Ese altar, consagrado con tanta pompa, que todos los días será bañado con la sangre de Jesús, será para nosotros más propicio que para Isaac el monte Nebo, (45) que para Elias el Carmelo, (46) y sólo comparable con las virtudes y beneficios que nos vinieron del Monte Calvario. (47) Ese altar, al que revisten con hermosos atributos el arte y la riqueza, es más aceptable y conmueve más eficazmente los cielos que los altares de oro y bronce construídos por la mano fuerte de David, (48) la inspiración de Moisés, (49) y la sabiduría de Salomón. (50) No bajará el fuego visible de los cielos, no vendrá la llama milagrosa á consumir las víctimas; (51) pero allí irá el fuego del amor más puro á envolver en vivos ardores los cándidos accidentes (52) y el Altísimo recibirá aceptable la nueva ofrenda. (53) Ha sido erigido para dar honra á la excelsa Reina de los Mexicanos, y en él como en el Calvario, hace con su heroica presencia más aceptable el valor extrínseco del sacrificio. (54) Transpasada su bendita alma con el agudo dolor profetizado por Simón (55) y confundiendo sus lágrimas con la sangre del Divino Mártir, hizo de aquel sitio de maldición, infame por ser lugar del más atroz suplicio, infinito en merecimientos y objeto el más tierno de las caricias de Dios. (56) Aquí donde tal vez habian caído anatemas muy parecidos á los que esterilizaron los montes de Gelboe; (57) aquí donde el culto idólatrico habia sentado sus dominios, desde que la Santísima Señora puso su inmaculada planta, hollando la cabeza de la Serpiente, (58) lo trocó enteramente; y hoy, á horribles ídolos les sucede la Santa Cruz y á la mitológica Madre de los dioses la verdadera Madre de Dios y Madre nuestra, la Reina de México, la Santísima Virgen de Guadalupe, quien hará con sus grandes méritos que la Víctima Santa sea aceptada y los cielos nos favorezcan.

- 37 Gen. XLIII, 31.
- 38 Math. V, 14.
- 39 Jerem. I, 6.
- 40 Luc. XXII, 19.
- 41 Marc. XXVIII, 30.
- 42 Math. III, 17.
- 43 Ibid.
- 44 Joan. I, 29.
- 45 Gen. XXII, 9.
- 46 III Reg. XVIII, 42.
- 47 Joan. XII, 32.
- 48 II Reg. VI, 17.
- 49 Exod. XXVII, 1.
- 50 1 Paraliip. XXVIII, 6.
- 51 2 Paraliip. VII, 1.
- 52 Joan. Chris.
- 53 Malch. I, 11.
- 54 Joan. XIX, 25.
- 55 Luc. II, 35.
- 56 Isai. XL, 10.
- 57 2 Reg. I, 27.
- 58 Gén. III, 1.

V

Aquí nos trae la necesidad de desahogar nuestro afligido corazón. (59) Venimos á orar, á satisfacer esa dulce necesidad de todos los tiempos y de todos los lugares, (60) ese hermoso comercio de la criatura con el Criador, del hombre con Dios. (61) Venimos á hacerle violencia á las puertas de los cielos (62) con esa franquicia que San Agustín llama la llave de oro.

En todas partes podríamos levantar nuestra alma hasta el trono de Dios con feliz éxito; pues escrito está que: del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella. (63)

Escucha la voz de nuestras plegarias de donde quiera que se eleven: á Daniel lo escuchó cuando oraba en el lago de los Leones (64) á Esther cuando humillada por el cilicio y la ceniza oraba escondida en su palacio. (65) A la casta é inocente Susana en el camino mismo del patíbulo. (66) Á Sara que lloraba sumida en oprobiosa esterilidad (67) y á Tobías el anciano que se afigía por la suerte de su hijo. (68) Lo mismo á Judas Macabeo que marchaba contra Lysias, (69) que á la piadosa Ana que pedía con ruegos la vida de Samuel. (70) En todas partes que se elevan altares ó que de nuevo los levanta la piedad de los fieles, pudiéramos ofrecerle el oloroso incienso de nuestras oraciones, y Dios aceptaría cariñoso el aroma de nuestras plegarias. (71)

Sería patente su divino beneficio, como lo fué para Abel en los primeros tiempos, (72) para Jacob en el camino de la Mesopotamia, (73) para Josué en medio del Jordán (74) y para Salomón en el famoso templo que levantó al Dios de los Ejércitos. (75) Pero aquí nuestros ruegos son más escuchados, como que son más fervientes. Todo nos convida á pedir con instancia: la imponente majestad del santuario, la severidad de su ornato y más que todo, la presencia de su soberana Reina.

Si, Ella refrescando en nuestra memoria la historia de sus beneficios, agita los más delicados afectos de nuestra gratitud, y entusiastas interponiendo su influencia nuestras plegarias se elevan hasta el trono de Dios. (76) Aquí como en el Cenáculo, (77) sacerdotes y fieles, cada uno por sus propios intereses, presididos por esta Reina venturosa, elevamos nuestros corazones (78) para hacerle dulce violencia á Aquel que nos ha prometido estar atento á los ruegos de los que piden en su nombre. (79) Confundidos nuestros ruegos con las muy eficaces súplicas de esta nueva Esther, (80) nuestra muy querida madre, nuestras oraciones tienen mayor mérito, Dios no las desdicha, (81) las despacha favorablemente. (82) Y si la humilde plegaria de Mardoqueo llegó hasta el trono de Asnero, (83) no á sus lágrimas ni á la aflicción de Israel, sino á la intercesión de la Reina debe atribuirse el éxito. Abraham mereció las consideraciones del rey de Egipto (84) por el vínculo fraterno que le ligó aparentemente con Sara. ¿Y nosotros no seremos escuchados por esta poderosísima Reina, á quien como á tal se proclama por toda nuestra patria? (85) ¿Cuando en sus manos Dios ha puesto toda clase de poderes (86) constituyéndola el canal de sus misericordias? (87) ¿Cuando Ella nos ha asegurado que en este templo, que quiso ser le edificara para dar oído y despachar feliz-

- 59 Jac. V, 11.
- 60 Luc. XI, 9.
- 61 Exod. XXXIII, 11.
- 62 Math. XI, 12.
- 63 Psal. XXXIII, 1.
- 64 Dan. XIV, 30.
- 65 Esth. XIV, 3.
- 66 Dan. XIII, 42.
- 67 Gen. XVI, 2.
- 68 Tob. III, 1.
- 69 Mach. IV, 10.
- 70 I Reg. I, 25.
- 71 Marc. XI, 21.
- 72 Gen. IV, 4.
- 73 XXXVII, 18.
- 74 Jos. III, 15.
- 75 1 Paraliip. VI, 12.
- 76 2 Reg. II, 20.
- 77 Act. I, 14.
- 78 Psal. XXXI, 1.
- 79 Joan. XVI, 23.
- 80 Esth. IV, 16.
- 81 Psal. XXI, 25.
- 82 Joan. V, 11.
- 83 Esth. VI, 4.
- 84 Gen. XII, 16.
- 85 Judith, XV, 10.
- 86 Cant. IV, 8.
- 87 Esch. XXXVI, 1.

mente nuestras súplicas, nos recibiría como hijos pequeños y delicados, no se harán nuestras oraciones fervorosas y eficaces?

¡Sí, Dios mío, Tú escucharás los ruegos del hijo de tu esclava. (88) Por eso venimos, como los hijos del patriarca Jacob, (89) á hacer presentes nuestras miserias á Aquella que Dios ha constituido superintendente de esta dichosa Nación, que se precia de ser conquista suya. (90) Acaso habremos traicionado á sus antiguos favores, (91) pero hoy de hinojos á sus sacratísimos pies, buscamos la reconciliación y queremos reanudar las amorosas relaciones de una madre para sus hijos. (92)

Creemos á no dudarlo, que nuestras pobres oraciones serán escuchadas. Oíremos aquel suavisimo *Pro salute enim vestra misitne Deus ante vos in Aegiptum.... Deus fecit me Dominum universa terre Aegipti: descende ad me ne moreris*.... (93).

VI

Venimos, en fin, á escuchar la palabra de Dios, esa palabra cuya eficacia sacó al mundo de la nada, (94) y que en sus admirables efectos, parece una emanación del mismo Dios. (95) Aquí en este lugar santo, donde esa misma palabra parece que recibe una mayor eficacia y cambia los corazones de los oyentes. (96) Aquí donde tantos prodigios ha obrado, trocando la suerte de muchos. Aquí venimos á inspirarnos los sacerdotes para llenarnos de esa unción santa, que hace de la palabra que emiten nuestros labios una espada de dos filos (97) que salva al predicador y á sus oyentes. Aquí venimos á esta santa montaña (98) para llenarnos de la fuerza de nuestro ministerio, y llevar á los pueblos la simiente divina (99) de esa palabra que sin aparato mueve y determina las voluntades. (100) Es verdad que donde quiera se hace escuchar, pues de ella se ha dicho: *in omnem terram exivit sonus eorum*.... (101) mas no dudamos que aquí es mayor su eficacia. Para que la palabra de Dios fructifique en los corazones, necesita que ella vaya bañada de esa unción divina que la hace penetrar dulcemente en el alma. (102) Esa unción ó dulzura inexplicable á que se refería el Real Profeta cuando dijo: *quam dulcia fructibus meis eloquia tua superne! ori meo*. (103) Que los corazones estén de tal manera preparados, que ningún obstáculo pongan á la fuerza eficaz de la gracia. (104) Sólo entonces se verifican acontecimientos semejantes á los del pozo de Siquén, (105) á los del camino de Damasco (106) y á los del Cenáculo el memorable día de Pentecostés. (107) A la voz de los predicadores responden conmovidos los pueblos: *quid faciemus viri fratres?* (108) ¿Y dónde se encontrará ese doble elemento que hace de la palabra divina aquel misterioso grano de mostaza, que sepultado habia de germinar y producir un árbol tan frondoso, en cuyas ramas habian de posar las aves del cielo y bajo cuya sombra habia de reparar sus fuerzas el viajero? (109) ¿Dónde esos subidos quilates que hacen de la palabra de Dios las margaritas preciosas, (110) cuya económica distribución tanto nos recomienda el Divino Maestro, para que no se arrojén á la pira? (111). ¿Dónde esa oportunidad en el decir que sublima á esta santa palabra, dándole un valor que Jesucristo habia tesoro y por cuya adquisición todo se abandona? (112) Aquí, no hay duda.

Aquí el sacerdote católico se siente reanimado y su voz robustecida con la bendita y saludable presencia de esa noble tilma,

- 88 Psal. CXXV, 16.
- 89 Exod. XLIV, 5.
- 90 Tob. IX, 9.
- 91 2 Paraliip. XX, 4.
- 92 Luc. X, 21.
- 93 Gen. XLV, 5.
- 94 Gen. I, 3.
- 95 Gen. I, 31.
- 96 Psal. CXVIII, 3.
- 97 Isai. XLIX, 2.
- 98 Exod. XXXIX, 12.
- 99 Luc. XVIII, 11.
- 100 Luc. XXIV, 32.
- 101 Psal. XXVIII, 5.
- 102 Luc. XXIV, 32.
- 103 CXVIII, 103.
- 104 Bar. III, 3.
- 105 Joan. IV, 19.
- 106 Actos. IX, 6.
- 107 Act. II, 4.
- 108 Act. II, 37.
- 109 Math. XIII, 21.
- 110 Math. XIII, 44.
- 111 Ibid.
- 112 Math. XIII, 44.

cuyo sagrado dibujo es para él un libro, un volumen admirable (113) en que con caracteres indelebiles están grabados un sinnúmero de prodigios, obrados por esa celestial imagen, (114) á quien con justicia debemos apellidar el apóstol del Nuevo Mundo. Este es aquel libro admirable que Dios mandaba al Profeta que devorase, para que nutrido con él predicase eficazmente al pueblo, anunciándole la ira divina y echándole en cara sus delitos. (115)

Esa soberana imagen es para nosotros un recuerdo y muy tierno de la caridad y celo que animó á nuestros primeros predicadores, cuando empuñando el arado de la predicación evangélica, abrieron los primeros surcos en esta parte de la viña del gran padre de familias. (116) Ella nos recuerda que el año 1531, diez años después de la conquista, cuando ya había cesado el rumor de las armas, y el demonio había sido vencido en los campos de batalla, aún no lo había sido en el horizonte de la verdad revelada, y muy pocos y los más púrvulos habían acercádose solicitando el bautismo. Los reinos y sus pueblos se resistían con furor y hasta con rabia á recibir el suave yugo del Evangelio. La poligamia más escandalosa y los cruentos sacrificios que ofrecían á sus mentidas deidades eran la barrera insuperable, (117) contra la cual nada pudo esa falange de heróicos atletas, sacados por vocación divina, (118) de cuanto más virtuoso y sabio encerraban los monasterios españoles reformados por el fervoroso celo del Inmortal Cisneros. (119) Mas, apenas apareció esta Reina augusta, (120) como un aluvión, en masa se levantaron pueblos enteros pidiendo con ansia el bautismo, como el Eunuco de la Reina de Candaces. (121) Se cuenta que un solo día aconteció á un religioso bautizar sólo él seis mil entre adultos y niños. Apenas habían pasado nueve años de la Aparición, y ya el número de bautizados, sólo por religiosos Franciscanos, era de nueve millones. Venían con tanta espontaneidad á pedir el bautismo, que por los caminos salían á los religiosos, les presentaban sus púrvulos y sus enfermos para que les administrasen el bautismo. De pueblos muy remotos venían á los centros, donde los religiosos habian erigido sus doctrinas, para asistir á los divinos oficios, aconteciendo muchas veces que, como en Tehuacán el año de 1540, en el día de Pascua de Resurrección vinieron á asistir á los oficios de la Semana Santa y á celebrar la Santa Pascua indios y señores principales de cuarenta provincias y pueblos, algunos de ellos de cincuenta y sesenta leguas, entre los que había de doce naciones y de doce lenguas diferentes. Como en el primer sermón de San Pedro, el Partho, el Medo, el Elamita y el Mesopotameo, llenos de admiración inclinaban su cerviz al Evangelio, (122) así en tiempos de Motolinía, Martín de Valencia y otros se acercaron nuestros pobres indios al bautismo, como el ciervo sediento á las fuentes de las aguas. (123) Y este hecho sobrenatural, no reclama una causa del mismo orden; y si no se encuentra otra sino la maravillosa aparición de esta divina Señora ¿no es Ella la que hizo elocuentes los labios de aquellos predicadores y movió los corazones de los naturales, quitándoles la dureza de la piedra y dándoles la ductibilidad de la cera? (124) Sí, ella, que en las bodas de Caná de Galilea había preparado de antemano los ánimos de los criados de aquellos dichos esposos, que habian querido honrar y autorizar sus nupcias con la presencia de Jesús, cuando les dijo: "Quodcumque dixerit vobis facite," (125) hizo aceptar de los conquistados las enseñanzas del Evangelio, y con tanto fruto, como lo es el que se consigue cuando el Espíritu Santo toma posesión de las almas. (126) Y si tan eficaz ha sido para atraer á los gentiles al conocimiento del verdadero Dios, como la estrella á los Magos del Oriente, (127) como el ángel á los pastores de Belén (128), ¿no se sentirá fuertemente animado el sacerdote que

113 Ezech. III, 1.
114 1 Paralip. XXIX, 12.
115 Ezech. III, 4.
116 Math. XX, 1.
117 Gen. VI, 3.
118 Math. XXIII, 11.
119 Math. XX, 4.
120 Math. II, 2.
121 Act. VIII, 26.
122 Act. II, 9.
123 Psal. XL, 2.
124 Ezech. XXXVI, 26.
125 Ioan. II, 5.
126 Luc. I, 41.
127 Math. II, 1.
128 Luc. II, 9.

aquí viene y se inspira? Muchas veces acontece que las malas disposiciones del corazón del predicador esterilizan la eficacia de la divina palabra.

Dios se enoja reclamándole como al Profeta: *quare tu enarras iustitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* (129) Lacerado muchas veces por la venenosa serpiente de las pasiones de que ha sido víctima, se confunde con el pueblo donde está colocado, cumpliéndose en él: *sicut populus sic sacerdos*, (130) y vive enfermo, qué digo, muere para la vida de la fé y su santo ministerio, sin que pueda (131) cumplir el compromiso que contrato con el Altísimo de ser su legado (132) en medio de la depravación de los pueblos. ¿Quién lo sanará de esas fatales mordeduras? ¿quién le volverá pura la sangre dañada por el torbellino desenfrenado de sus pasiones? (133) Esta divina Reina que, levantada en esta colina, donde quiso ser nuestra Madre, ha pedido se le fabrique este templo para ostentar en él su divino retrato, sanar á todos los enfermos y perdonar á los de contrito corazón. (134)

Como la serpiente de metal levantada en el desierto por el santo Legislador de Israel, (135) es aquí esta divina Princesa la que calentará los corazones de los predicadores, (136) lo sanará de sus vergonzosas dolencias y los hará que vuelvan á los campamentos con valor inaudito; y así como Aarón con los levitas pasó á cuchilla los israelitas idólatras, (137) de aquí saldrán para cambiar los corazones de tantos ingratos mexicanos que vuelven las espaldas al verdadero Dios. *Oculi mei erant aperti*....

VII

Pero si es tan justificada nuestra visita á este santo Templo, no lo es menos por razón de la Sagrada Reliquia que en él se venera, esa tilma dichosa en que la Santísima Reina de los Angeles quiso dejarnos su hermoso retrato.

VIII

Esa sagrada imagen es para todo México un monumento de la Bondad y Omnipotencia de Dios, un poderoso estímulo que enervoriza su plegaria, y una garantía de que continuarán sus beneficios sobre toda la Nación.

IX

Hoc signum foederis quo do inter me et vos... (138) dijo Dios á Noé y su familia, después que, libres del diluvio, agradecidos salieron del arca y levantando un altar ofrecieron á Dios sus sacrificios. Y efectivamente, ciñó una faja luciente los aires, asegurando á las generaciones que nunca jamás una nueva inundación destruiría á la humanidad caída. (139) Y antes pasarán los siglos que la palabra divina no se cumpla. (140)

Después de muchos siglos, al ver ese arco-iris en los cielos, no se olvida la memoria de un Dios que es misericordioso á la par que justiciero. (141) Con lágrimas de gratitud recordaban las primeras generaciones los beneficios de Dios durante su permanencia en el arca, y Noé, después de novecientos años de larga peregrinación, (142) siempre vivió en él un monumento de la Bondad y Omnipotencia de Dios. Para nosotros ¿esa reliquia no trae los mismos gratos recuerdos? ¿Ah! si su sola vista nos trae á la memoria cuantos beneficios generales y particulares nos ha hecho en tiempo Dios Nuestro Señor. La civilización cristiana, el cauce á la furia de las aguas en las inundaciones, un aire puro en las epidemias y la conservación de nuestra autonomía nacional en sus multiples

129 Psal. XLIX, 16.
130 Isate. XXIV, 2.
131 Jacob. II, 27.
132 2 Cor. V, 20.
133 Thren. II, 13.
134 Isai. LXXI, 1.
135 Num. XXI, 9.
136 Sap. II, 2.
137 Exod. XXXII, 28.
138 Gen. XI, 19.
139 Gen. IX, 13 y 14.
140 Math. XXIV, 25.
141 Psal. CXIV, 5.
142 Gen. IX, 28.

y frecuentes peligros, todos son ingentes favores que constantemente nos trae á la memoria ese grato monumento. En lo particular... si fuera posible narrar todos los favores que ha dispensado á sus hijos que aquí la buscan con fervor siempre creciente, ¿quién sería capaz? Ni la pintura si quisiera consagrar sus más ricos pinceles, ni el arte, ni la elocuencia podrían referir tantas bondades como esta Divina Señora dispensa á tantas almas dichas que aquí la buscan con amor, depositando en su pecho tierno las quejas de su alma. Bien pudiera decir con San Bernardo: «No se ha oído decir que alguno que recurriese á su amparo haya sido desconsolado».

X

Esta dichosísima tilma será para la patria un monumento eterno y de más gratos recuerdos que lo fuera, para las huestes acaudilladas por Josué, el que él levantó después de haber pasado el Jordán á pie enjuto, precedidas por el Arca de la Alianza. (143) Las generaciones futuras verán en esta celestial pintura, como vemos nosotros, una prueba incontrastable de la Bondad Divina. Y si las doce piedras tomadas en medio de la madre del Jordán, (144) en donde posaron los pies de los sacerdotes portadores del Arca, son un testimonio de haber franqueado aquel río, en aquella estación muy caudaloso, sus impetuosas aguas y su tumultuosa corriente, hasta que hubieron pasado todos los hijos de Israel, por respeto al Arca santa, (145) esa soberana imagen testificará á los descendientes, como lo ha hecho después de cerca de cuatrocientos años, que á su vista, las aguas le rindieron vasallaje y que posando firme y con amorosa confianza en esta bendita colina, México y todas sus provincias se prostraron reverentes á sus plantas, como ante la imponente majestad del Arca santa y al fragor de las bocinas sacerdotales, cayeron los muros de Jericó. (146) Bien puedo decirlos como aquel indomable caudillo, siguiendo sus palabras: cuando el día de mañana os preguntaren vuestros hijos, diciendo: ¿qué quieren decir estas piedras?—es decir, esa tilma de tanta duración, tan firme á pesar de ser tan deleznable—les responderéis: faltaron las aguas del Jordán delante del Arca de la Alianza del Señor, cuando pasaba por él; por esto fueron puestas estas piedras en monumento de los hijos de Israel para siempre. (147)

XI

Aquí está esta sagrada imagen como un poderoso estímulo para calentar nuestra plegaria. Dios Nuestro Señor (148) obró este singular prodigio para alentar nuestra confianza y aquilatar nuestro amor hacia la Santísima Virgen María de Guadalupe. Por eso es y será siempre para los mexicanos lo que para Moisés la zarza de Horeb, que ardiendo sin consumirse, era el propiciatorio donde Dios se comunicaba con su siervo. (149) En aquel monte de Dios, el Altísimo ve las aficciones de su pueblo, y oyendo los clamores de los oprimidos les prepara su libertad con mano fuerte para que le sacrifiquen una hostia más aceptable y le rindan un culto que le honre en las soledades del desierto, (150) como en la fertilidad de la tierra prometida. En vista de aquellos prodigios, la puslanimidad de Moisés desaparece y lleno de confianza comprende la obra de Dios, con el éxito feliz que el mismo Dios le había asegurado para alentarle. (151) Y aunque su valor espera nuevos prodigios para levantarse y emprender la salvación de su pueblo, era porque veía su miseria y su nada, nunca porque le faltase fé; sus palabras son hijas del reconocimiento. (152) ¿Quién soy yo para ir á Faraón y sacar á los hijos de Israel de Egipto? (153) Su resolución fué pronta: (154) hé aquí que yo iré á los hijos de Israel:

143 Josué. IV, 9.
144 IV, 20.
145 IV, 24.
146 Josué. VI, 16 al 20.
147 Josué. IV, 21, 22 y 23.
148 Psal. CXXXV, 4.
149 Exod. III, 2 y 3.
150 Exod. V, 4.
151 Exod. III, 12.
152 Exod. IV, 31.
153 III, 14, Ibid.
154 III, 15, Ibid.

ecce ego vadám ad filios Israel.... Luego que fué certificado de la verdad de su misión, (155) sintió en su alma ese fervor heroico que eleva á los corazones y para quienes no hay sacrificio capaz de hacerlos retroceder. (156) Su pecho al frente de aquella sagrada visión se inflama, y adquiriendo el temple del acero, (157) ni el ingente temor á Faraón, (158) ni la dureza del Egipto, (159) ni las ingratitudes del pueblo (160) le hicieron vacilar. *Ecce ego vadám ad filios Israel*.... Después, al calor de aquel santo recuerdo, Moisés eleva su corazón á Dios, lleno de confianza le dirige sus primeras plegarias, exponiéndole fervoroso sentidas quejas: *Domine, cur afflictisti populum istum quare misisti me?* (161) Aquí, al pie de la insignie Guadalupana, al contemplar esa hermosa imagen, que ha respetado el tiempo; al ver esa tilma secular, que lleva el retrato de María tan fresco y lozano como apareció el 12 de Diciembre de 1531, es para nosotros como aquella misteriosa zarza: arde sin consumirse, es esto es, dispensa favores á millares sin que su bondad se agote ni sufra mengua. (162) Nuestros corazones se encienden (163) y henchidos de amor se retiran reanimados, resueltos á observar la ley de Dios y á llenar la plenitud de sus deberes: (164) el sacerdote para ser la luz del mundo (165) y la sal de la tierra, (166) y el simple fiel para trabajar con fruto en la viña del Altísimo, (167) fecundizándola con sus grandes ejemplos. ¿Cuanto consuelo, y sobre todo, cuánto fervor recibe el alma que aquí se postra reverente! bien se puede decir: *quam dilecta tabernaculá tua Domine virtutum! concupiscit, el defecti anima mea in atria Domine* (168).

XII

¿Y terminarán sus beneficios? ¿Esa imagen bellísima será el lo de adelante como aquel cielo de bronce de que habla el Espíritu Santo en el Deuteronomio, (169) á donde no pueden llegar nuestras quejas? (170) No, evidentemente no. Ha empeñado su palabra de oír siempre nuestras plegarias; así lo aseguró al piadoso neófito Juan Diego, y lo cumplirá. Esta sagrada reliquia es la garantía más firme de que los beneficios de María Santísima se perpetuarán hasta el fin con un amor siempre creciente. No es la conservación de esta sagrada imagen para simple testimonio de la bondad que Dios usó con nuestros padres, sino para prenda inefable de perpétuo amor. Nos acompaña en los días de nuestra peregrinación, no como una simple memoria del día feliz y dichoso en que fué exaltada en esta santa montaña, sino para predicar á nuestros corazones que nunca nos faltará su apoyo. La serpiente levantada por Moisés sólo fué un antidoto para las inflamaciones que causaban á los hijos de Israel las mortíferas picaduras de las serpientes del desierto; (171) pero cuando aquella calamidad pasó, sólo sirvió aquella escultura para escándalo del pueblo de Dios y para desarrollar el fervoroso celo del rey Ezequías: (172) pero esta imagen soberana será siempre para México una cadena no interrumpida de beneficios. La señal sensible de la alianza que con el cielo ha celebrado la Nación, y la credencial más auténtica de que siempre esta Divina Señora nos mirará como hijos. Difícilmente podía creer el Patriarca Jacob que su queridísimo hijo José viviese y menos que fuera el superintendente del Egipto, mas luego que vió los dones, los regalos que le enviaba y de que iban cargados sus delincuentes hermanos, sacudido su tristeza y como saliendo de un profundo sueño dijo: «Bástame, si todavía vive mi hijo José, iré y le veré antes que me muera.» (173) Nunca se fijarán nuestros ojos con mirada desdenosa en esa sagrada imagen; don-

155 XXIX, 4, Ibid.
156 Ibid.
157 Ps. XXVI, 3.
158 Exod. IV, 19.
159 VII, 13, Ibid.
160 IV, 1, Ibid.
161 V, 22, Ibid.
162 Deut. VIII, 1.
163 Ps. LXXII, 21.
164 Prov. IV, 1.
165 Math. V, 11.
166 V, 13, Ibid.
167 Math. XX, 1.
168 Ps. LXXXIII, 2.
169 XXVIII, 23.
170 Tron. III, 46.
171 Num. XXI, 9.
172 IV Reg. XVIII, 4.
173 Gen. XLVI, 2.

de quiera nos recordará que aquí tenemos una Madre cuyas miradas nos protegen, cuyos oídos están siempre atentos á la voz de las plegarias nuestras; y que en el cielo, Ella es el superintendente, la que reina sobre todas las celestiales jerarquías, (174) la que habiendo encontrado gracia delante del Señor (175) abunda en ella para protejernos (176).

XIII

¡Qué ingratitud la de aquellos que en recompensa de la hospitalidad franca y leal que reciben en esta Nación santificada con la planta de la insigne Guadalupana, befan y escarnecen los homenajes y veneración que le tributamos en este santo templo! Más ingratos que los exploradores enviados á la tierra de Canán, (177) injurian á los hijos de la Guadalupana, apellidándolos idólatras; más ingratos todavía aquellos mexicanos que, olvidando sus más honrosas tradiciones, afectan desconocer las páginas más gloriosas de nuestra historia patria; la adopción legítima de esta Nación por María Santísima de Guadalupe. Si me escucharan les diría como Caleb: subamos... (178) y si tuviera su espíritu les diría, rasgando mis vestiduras: La tierra á que hemos dado vuelta es muy buena. Si el Señor nos fuere propicio, nos introducirá en ella y nos dará un terreno que mana leche y miel. (179)

XIV

¡Feliz mil veces el que cree! Su fe, aunque sencilla pero racional, le salva cuando la animan la fuerza de su alma y la santidad de sus ejemplos. ¡Dichoso mil veces el que escucha los impulsos de su cristiano corazón! Esa sola prueba le basta para buscar en este bendito lugar á aquella divina Princesa, que para escuchar más de cerca nuestras quejas y enjugar nuestras lágrimas se ha dignado visitarnos. Bien dijo un eminente Prelado mexicano: "la posteridad recibirá de viva voz la tradición universal y constante del favor singularísimo que la Madre de Dios se dignó hacer á los mexicanos."

XV

Dichosos vosotros, señores Capitulares, que testigos constantes de la realidad de este prodigio, lo sois también de su bondad. Vuestros ojos gozan diariamente contemplando esta singular belleza y se deleitan mirando las dulces y amorosas caricias con que esta buena Madre recibe aquí á sus hijos. Sois más dichosos que

174 Ps. XLIV, 10.
155 Luc. I, 33.
176 Ps. CXXI, 7.
177 Josué, II, 21.
178 Josué, II, 17.
179 Exod. III, 8.



los áulicos de Salomón, porque ellos, como decía la Reina Sabá sólo eran testigos de la sabiduría de su augusto soberano, (180) pero vosotros lo sois de la caridad sin límites de esta bella Princesa, y todos los días veréis cuadros tan hermosos, como los que vieron los egipcios al reconocer José á sus hermanos llorosos. (181)

XVI

¡Ah Señora! Si aquí el sacrificio es aceptable porque va acompañado de tu poderosa intercesión, presenta al Eterno Padre el que hoy te ofrece nuestro querido Prelado y que esa víctima inmaculada nos reivindique en nuestros derechos. Si la oración del que te invoca aquí es más eficaz, recibe las nuestras que van acompañadas con el aroma de nuestras lágrimas y el suave perfume de nuestros corazones. Si la eficacia de la Divina palabra es aquí omnipotente, haz que la de los sacerdotes de nuestra Diócesis no se haga vana sino que sea siempre fecunda.

Te conservas prodigiosamente porque quieres recordarnos tus bondades, alentar nuestra confianza y conservarnos tu amor. ¡Bendita seas!

Aquí nos tienes próximos á partir y volver á nuestra Diócesis, alegres y placenteros de corazón por todos los bienes que nos has hecho. Da tus maternales bienes al Pastor de Tulancingo, Tú sabes que te ama. (182) Como Rebeca á su pequeño Jacob, (183) hazlo digno de las bendiciones del Divino Isaac. (184) Como Saul al pastorcillo David, (185) dale misión eficaz para que, dando muerte al odioso enemigo, sin aparato y sí con la santa sencillez del apostolado, lleve á las almas que hoy apacienta, incólumes á los cielos. Que la mitra que ciñe y el báculo que porta, donde quiera sean, no armas de exterminio sino elementos de salvación. Que heredero de la sublime dignidad de los Zumárraga, Garies y Las Casas lo sea también de sus virtudes. Que Obispo de innumerables indígenas, nunca olvide que son, como dijeron los Padres del Segundo Concilio Mexicano, sus Benjamines amados.

A los dignos sacerdotes que llenos de abnegación trabajan por aquellas parroquias sin miedo al clima, sin temor á la pobreza, consérvalos y difunde en ellos las luces de la más ardiente caridad para que satisfagan á su vocación.

A los fieles todos, que tan generosos han contribuido al homenaje nacional de que has sido objeto, bendícelos.

A los pobres inditos... protéjelos, no olvides el amor que te tienen, la fe con que te adoran; suaviza sus miserias y depáralas época mejor. Para ellos viniste.

A todos danos lo que tú sabes, Señora, necesitamos para ser felices.

180 Reg. X, 1.
181 Gen. XL, 24.
182 Joan. XXI, 15.
183 Gen. XXVII, 5.
184 Gen. XXVII, 7; 10.
185 1 Reg. XVII.

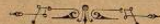


Discursos y poesías

Leídos en la Velada Literaria

que en honor de la Virgen Santísima de Guadalupe se verificó

el 18 de Octubre de 1895.



I

Discurso del Sr. Lic. D. Luis Gutierrez Otero.

¡ALZ, Virgen del Tepeyac, que uno de los ángeles que rodean tu trono en el cielo, descendida de las alturas incomensurables, y venga, como vino en la visión del profético poeta de las naciones, á quemar con encendido carbón mis labios, para que de ellos, tantas veces manchados, salgan siquiera hoy que me encuentro aquí, pronto por la voluntad y flaco por el merecimiento, dispuesto á cantar tus glorias, palabras, Señora, que sean dignas de tu excelsa santidad! ¡Haz que se repita el primero de los prodigios con que en esta tierra te manifestaste á las gentes; y que, así como á tu voluntad brotaron rosas en la rigidez del invierno y en medio de las áridas rocas, surjan, Virgen María, de los hielos de mi corazón y de los endurecimientos de mi alma, acentos que traigan algo de los célicos perfumes que embalsaman las regiones en que moras y enagenan en los sitios donde posas!

Si, lo necesito, Señora, ya que he querido venir, que vengo á proclamar con la fe ardorosa del creyente, y con el amor profundo del que está presto á dar su vida por el Dios que adora, por la Madre que lo ampara y por la Patria que le presta dulce abrigo, que en ti veo, en tí, Guadalupana Virgen, el sacrosanto lábaro que mantiene mi fe, y de esta mi veneranda Patria sustenta la nacionalidad.

Nada en el tiempo y en la tierra, lo sé, Señora, cede al acaso. Un plan inmenso, velado de ordinario en los principios de las cosas por los misterios de lo porvenir, que sólo rasga la mano del Omnipotente; y descubierto después por las espléndidas páginas de la Historia, arregla, rige uno á uno los sucesos de la humanidad

que si muchas veces son portentos en su origen, pasan á ser luego en su desenvolvimiento, maravillosa realización. Ese plan, que nosotros llamamos los designios providenciales, y que otros, que rehúsan llevar la mirada al indeclinable y revelador enlace de las causas y los efectos, para no fijarla sino en los desnudos hechos del presente, reducen á los mezquinos términos de la coincidencia, del evento, de un encadenamiento á lo sumo, inconsciente y material de los mismos hechos; ese plan, repito, comprendía entre sus realizaciones humanas; la de que la redención del Mundo que había de llamarse nuevo, de este Mundo cerrado durante siglos á la vista de los hombres, pero jamás oculto á la vista de Dios, se hiciese práctica en sus resultados y en su época, por la intervención de la Virgen de todas las purezas y de todos los dolores, de la Virgen que dió á luz al que vino á ser Luz de la tierra, y que á esta tierra había de traer la luz del cristianismo, generadora de la civilización.

Si, Señora, Dios te destinó á que lo hicieses así; y así lo sentían las gentes que habitaban estas regiones ignotas, divorciadas del resto del Mundo por mares al parecer inacabables, y que para ligarse con los antiguos continentes, no se asieron durante períodos seculares al lazo que había de ofrecerles tu santo amor, tu poderoso nombre y tu maternal intervención.

Tu fuiste siempre presentada como se presintió siempre á tu Hijo el Salvador. Y como los egipcios te esperaban, para que fueses madre del Hijo que quebrantaría la rabia de la serpiente *Tifon* y los druidas te erigían estatuas por ser la Virgen de quien naciera un hijo, así especialmente en esta parte de la América, la universal tradición no estaba perdida, y en medio de las oscuridades de su historia y de los errores de su idolatría, estos pueblos daban testimonio de ella con sus fervorosos cultos á Tomatzin, la madre de los dioses, y la consignaban en pinturas, en que aparece la otra mujer á quien llamaban nada más madre de nuestra carne, y al lado de la cual se hallaba la descomunal serpiente que en otros de esos alegóricos cuadros se ve reducida á pedazos, por el gran espíritu Tescaltlipoca.

¡Ah, Señora! La tradición estaba corrompida; pero el hecho, al menos de tu existencia y tus poderes, como el hecho de la Cruz como el hecho de haber otros seres en regiones del Oriente, que